

A mi viejo y admirado amigo Victor Urquidi, colega en los primeros tiempos de la CEPAL, dedico afectuosamente estas líneas en homenaje a su sabiduría y su vida recta y fecunda.

De Lord Keynes a Milton Friedman

La periferia y las teorías de los centros

Como siempre sucede, las ideas y controversias ideológicas de los centros se reflejan en esta periferia latinoamericana, que en materia de teoría económica no se caracteriza por su originalidad. Pero el mal que de ello se deriva no radica solamente en el empeño de interpretar nuestros fenómenos a la luz de teorías elaboradas en un medio muy diferente del nuestro, sino que esas teorías han sido en gran parte superadas por la realidad de los mismos centros. Como quiera que hayan sido adecuadas en tiempos pasados, no responden ahora a las mutaciones que han ocurrido en la estructura social y en las relaciones de poder emergentes de esa estructura.

En verdad, se trata de teorías que desconocen la estructura social y sus mutaciones y pretenden explicar la realidad, circunscribiéndose a lo puramente económico e ignorando otros elementos integrantes de aquélla, además de los puramente económicos, esto es, elementos técnicos, sociales, políticos y culturales. Entre todos ellos hay estrechas relaciones de interdependencia que escapan a una teoría exclusivamente económica.

1272

He aquí la raíz profunda del trastorno que sufren las teorías convencionales, incapaces de explicar la crisis presente del capitalismo y, por tanto, de guiar certeramente las transformaciones del sistema, inevitables a mi juicio, si se ha de aprovechar el considerable potencial de la técnica eliminando a la vez las graves consecuencias derivadas de su ambivalencia.

He procurado en otra oportunidad 1/ explicar la crisis del capitalismo periférico, lo cual me permite ahora examinar los fenómenos monetarios dentro del contexto general del desarrollo. Y valiéndome de este examen haré ahora algunas reflexiones acerca de la controversia sobre teorías monetarias que se desenvuelve actualmente en los centros y sus proyecciones sobre nuestra periferia que, por cierto, son muy importantes. Me propongo hacerlo en forma breve y esquemática, para ser claro, eludiendo ciertos preciosismos teóricos que suelen acompañar, si no complicar innecesariamente, el examen de los problemas.

Me referiré primero al keynesianismo tan vilipendiado ahora por los monetaristas, para pasar después a las teorías de estos últimos, y especialmente a una de sus ramas que ha adquirido ahora gran vigor. Me refiero a la gestión de la oferta que se opone a la gestión keynesiana de la demanda. Y, finalmente, comentaré el empeño de exaltar el patrón oro que ha surgido sobre todo en los Estados Unidos. Tema éste que fue uno de los primeros sobre el que discurremos tiempo atrás con Victor

1/ En mi libro reciente sobre el Capitalismo Periférico, publicado por el Fondo de Cultura Económica de México.

Urquidí.^{2/}

El pensamiento keynesiano

La esencia del pensamiento keynesiano puede exponerse en pocas palabras.^{3/} El sistema tiende a generar en los centros desarrollados un exceso de ahorro en relación a la inversión. Keynes se refiere desde luego a los centros: como todos los economistas que le preceden, ignora a la periferia. Pues bien, ese exceso de ahorro deprime la demanda y trae consigo el fenómeno del desempleo. En consecuencia, el sistema no tiende espontáneamente a un estado de equilibrio con pleno empleo, como suponía la teoría convencional, sino que se conciben diferentes posiciones de equilibrio con distintos grados de desocupación.

Para combatir la desocupación y conseguir una posición de equilibrio con pleno empleo hay que aumentar la demanda. La inversión pública en el medio adecuado para hacerlo hasta que se alcance el pleno empleo.

^{2/} Acababa Victor de retornar de sus estudios académicos de Londres, y tuve el privilegio de conocerle a comienzos de 1944. En largos y frecuentes paseos por el bosque de Chapultepec, Victor, impresionado acaso por mi heterodoxia, me invitó a un seminario en El Colegio de México, donde abordé este tema con referencia a la periferia latinoamericana. Yo había experimentado las vicisitudes del patrón oro en nuestros países, y en mis responsabilidades en el Banco Central Argentino me había empeñado en atenuar la vulnerabilidad exterior que nos traía el patrón oro. De ahí el título del documento presentado a dicho seminario y publicado después por El Colegio: "El patrón oro y la vulnerabilidad exterior de nuestros países". Empezaba yo en aquellos tiempos a comprender la especificidad de las relaciones Centro-Periferia.

^{3/} La Teoría General tiene muchas obscuridades que suscitaban frecuentes controversias en mis clases de profesor de la Universidad de Buenos Aires. Para exponer mi propia interpretación escribí mi "Introducción a Keynes" que fue publicada primero en varios artículos por la Revista del Banco Central de Venezuela, y después en un libro del Fondo de Cultura Económica de México. Si lo que expreso ahora no es correcto, mi incorrección data de aquellos tiempos (1947).

Se sustenta esta tesis sobre el concepto de multiplicador: el multiplicador de ingresos y empleo, dado un cierto incremento de la inversión. No hay que preocuparse del ahorro. Es cierto que al contraerse la economía se ha esfumado el exceso de ahorro. Pero ello no importa, pues el crecimiento del ingreso y la virtud del multiplicador generan el ahorro necesario para cubrir la inversión.

En este razonamiento Keynes prescinde del factor tiempo, como suelen hacerlo los economistas neoclásicos al pasar de una posición de equilibrio a otra. Simplificación de la realidad que, además de basarse en un concepto muy discutido del equilibrio, les permite ignorar los fenómenos de transición de una posición a otra, y que son ciertamente importantes.

En verdad, esas inversiones no esperan a que se genere por ellas mismas el ahorro que las cubre. No lo necesitan, pues hay capacidad ociosa que permite acrecentar el empleo y el ingreso sin necesidad de nuevas inversiones de capital fijo. Para cubrir la inversión pública sólo se necesita un incremento de dinero que reactive la demanda hasta llegar a la plena ocupación.

En su afán de simplicidad persuasiva, Keynes deja de lado el fenómeno cíclico que acompaña a esta política expansiva de la demanda. Pero esto no debilita la eficacia de esta política. Tratábase de una idea herética muy combatida en sus tiempos. Una idea herética que ha pasado a ser ortodoxia, pues ahora nos parece evidente que para salir de una depresión provocada por el encogimiento de la demanda habrá que manipular cuidadosamente la inversión pública hasta absorber el desempleo. Lo que habría que hacer después ha sido materia en que mucho discurrieron después los keynesianos y los neokeynesianos.

Se trata asimismo de una idea muy valiosa para la periferia, en donde una política expansiva de la demanda, a fin de contrarrestar una depresión cíclica, tiene que ser acompañada de medidas destinadas a contrarrestar el desequilibrio exterior provocado o acentuado por tal política.

Se trata, a mi juicio, en centros y periferia, de la contribución más positiva del keynesianismo. Keynes creyó en verdad que una gestión adecuada de la demanda permitiría corregir la falla fundamental del capitalismo. Los hechos posteriores habrían de disipar esta ilusión keynesiana.

Ilusión, porque Keynes siguió siendo en el fondo un neoclásico, hondamente penetrado de las teorías del equilibrio. Sólo que, a su juicio, para conseguir el equilibrio no bastaba su desenvolvimiento espontáneo del sistema, sino que debía intervenir el Estado para compensar la insuficiencia de la demanda y dar nuevo impulso a este último.

Y por ser neoclásico, Keynes dejó de lado la estructura social y las mutaciones que acompañan a la penetración de la técnica y que influyen a su vez sobre tales mutaciones y las relaciones de poder que surgen de ellas. Debido a estas mutaciones no hay tal tendencia hacia el equilibrio neoclásico. Es muy diferente la tendencia del sistema llevado por su propia lógica interna.

Pero antes de abordar este tema, me referiré nuevamente al keynesianismo que sucede a Keynes. El gran talento de Keynes le llevaba siempre a innovar su pensamiento. Pero sus adeptos siguieron bordando intensamente la tela que aquél había desplegado con gran elegancia literaria - que sin duda le dio mucha fuerza persuasiva - sin preocuparse mayormente de las grandes transformaciones que sucedían en la realidad.

Así pues, los keynesianos y neokeynesianos continuaron viendo en la persistencia de la desocupación una consecuencia del exceso de ahorro que tenía que contrarrestarse con la gestión de la demanda. Y esta nueva ortodoxia contribuyó a que no se preguntaran aquellos si ese fenómeno persistente, aunque fluctuante, no obedecía a otros factores frente a los cuales la gestión keynesiana de la demanda se volvía contraproducente.

Significación dinámica del excedente estructural

Digo esto, porque creo que en el curso del capitalismo avanzado se desenvuelve más bien una tendencia hacia el debilitamiento del ritmo de acumulación de capital, esto es, una tendencia opuesta a la del exceso de ahorro que supone el razonamiento keynesiano. Tal es la hipótesis que he venido sustentando en trabajos recientes relativos a la crisis del capitalismo en los Estados Unidos, su centro dinámico principal.^{4/}

No dejará de sorprender esta hipótesis, puesto que ante el poderío de aquel país parecería inconcebible un fenómeno semejante. Me parece sin embargo que la lógica interna del capitalismo tiende a un debilitamiento del ritmo de acumulación de capital que termina llevando el sistema a la inflación, a un nuevo tipo de inflación que no admite el tratamiento ni de la praxis keynesiana, ni del monetarismo de Milton Friedman.

Si no se trata de un fenómeno de exceso de ahorro e insuficiencia de la demanda, mal podría resultar eficaz la gestión keynesiana de la

^{4/} El más reciente sobre "La crisis inflacionaria del capitalismo" ha sido entregado al Trimestre Económico para su próxima publicación.

demanda. Y si, por el contrario, el sistema tiende a una insuficiencia de ahorro que debilita el ritmo de acumulación, habría que buscar los factores que traen consigo estos fenómenos. Tengo para mí que estos factores son distintos de los que provocan la inflación de tipo tradicional, si bien es cierto que ésta suele combinarse con aquella otra de nuevo cuño.

¿Cuáles son estos factores? Me abstengo aquí de repetir la argumentación del artículo a que antes me he referido, a fin de no alargar esta contribución. Sólo haré una presentación muy sucinta.

Mi argumentación gira en torno al concepto del excedente económico. No podría comprenderse el excedente sin la creciente productividad que caracteriza al capitalismo en virtud de continuas innovaciones técnicas. Sucede que, dada la heterogeneidad de la estructura social, una porción más o menos grande del incremento de productividad, en el desarrollo histórico del capitalismo, queda en manos de los propietarios de los medios productivos y no se traslada a la fuerza de trabajo ni se traduce en descenso de los precios. Mientras haya grandes diferencias de técnica y productividad en la fuerza de trabajo, la competencia regresiva de la fuerza de trabajo con inferior productividad impide que quienes se emplean con superior productividad, gracias a la acumulación de capital, mejoren sus remuneraciones correlativamente al incremento de productividad. En última instancia, la apropiación del excedente por los grupos sociales que concentran el poder económico es consecuencia de la heterogeneidad social. Ocurre así que a medida que se va corrigiendo esa heterogeneidad y atenuando las disparidades técnicas, tiende a fortalecer espontáneamente el poder de la fuerza de trabajo para compartir con los propietarios de los medios productivos,

mediante el aumento de remuneraciones, el fruto de la creciente productividad del sistema.

Sin embargo, esta tendencia hacia la homogeneidad de la técnica toma un tiempo muy dilatado y no se ha cumplido del todo en el capitalismo avanzado. Mientras tanto, en el curso de las mutaciones estructurales que acompañan a la misma técnica, suceden cambios muy importantes en las relaciones de poder. Frente al poder de apropiación del excedente surge así el poder sindical y político de la fuerza de trabajo, que le permite compartir de más en más el incremento de productividad. Este compenetramiento se realiza tanto en forma directa, mediante el aumento de remuneraciones, gracias al poder sindical, como indirectamente, a través de los servicios sociales del Estado, mediante el poder político de la fuerza de trabajo.

El Estado, a su vez, tiende asimismo a compartir en forma cada vez mayor el incremento de productividad para hacer frente a las diversas exigencias de su crecimiento, entre ellas de gastos militares.

De esta manera, tiende a debilitarse el ritmo de crecimiento del excedente de que se apropian los estratos superiores a través de las empresas. Fenómeno éste de gran significación. Pues para que el sistema funcione regularmente tiene que cumplirse una exigencia dinámica: el aumento incesante del excedente. Compréndese que así sea si se tiene en cuenta que el excedente constituye la fuente primordial de la acumulación de capital reproductivo, esto es, el capital que multiplica la productividad y el empleo.

La tendencia a debilitar la acumulación

Esta exigencia dinámica de acrecentamiento continuo del excedente nos lleva a esta conclusión de la mayor importancia económica y social. El funcionamiento del sistema se basa fundamentalmente sobre la desigualdad social, esto es, disparidades que ocurren en la distribución del fruto del progreso técnico, debido a las grandes diferencias de poder en la estructura social. Y conforme se acrecienta el poder de la fuerza de trabajo y del Estado, tiende a debilitarse el ritmo de crecimiento del excedente y, por tanto, el de acumulación de capital reproductivo.

Antes de examinar las consecuencias de este fenómeno, conviene subrayar que el excedente no sólo es fuente primordial de acumulación, como se dijo, sino de consumo de los estratos superiores, del consumo privilegiado que el sistema alienta cada vez más, gracias a innovaciones técnicas que no sólo aumentan la productividad, sino la diversificación incesante de bienes y servicios mediante formas de acumulación de capital no reproductivo.

Ahora bien, a medida que aumenta el consumo privado y social de la fuerza de trabajo empleada tanto en el ámbito de las empresas como en el del Estado y también el consumo de índole civil y militar, ello acontece en desmedro del ritmo de crecimiento del excedente. O sea que estas formas de consumo se superponen al consumo privilegiado y no se realizan en su detrimento, pues no hay nada en el sistema que contrarreste la expansión del consumo privilegiado.

La tendencia a la diversificación creciente de bienes y servicios resultante de la importancia cada vez mayor que van adquiriendo las correspondientes innovaciones, tienden a penetrar con celeridad en toda la estructura social. Y esta diversificación se extiende asimismo a los servicios del Estado.

Ha de comprenderse ahora que en la lógica interna del sistema se tiende a una incompatibilidad entre las exigencias crecientes de acumulación y la presión cada vez mayor de esas diversas formas de consumo. Y estas últimas presiones tienden a prevalecer sobre aquellas exigencias, El sistema carece de un mecanismo de regulación que lleve a una distribución reacional entre la parte del fruto del progreso técnico que se destina al consumo y la parte que se destina a la acumulación de capital reproductivo. Dicho en otros términos, va acentuándose la contradicción entre las presiones del consumo y las exigencias de acumulación. Y el desenlace de esta contradicción es la espiral inflacionaria.

Detengámonos por un momento en este punto de gran importancia. Decíamos que la tendencia creciente del consumo de la fuerza de trabajo y del Estado se superponía a la expansión del consumo privilegiado. En otros términos, la presión de las diferentes formas de compartir el incremento incesante de productividad va debilitando el ritmo del excedente y por consiguiente de la acumulación. Conviene subrayar la gran significación dinámica que ello entraña, pues al acentuarse esta tendencia disminuye cada vez más el ritmo de absorción de fuerza de trabajo. Surge así el desempleo, o se acentúa. Y al continuar la presión de compartimiento se alcanza un límite crítico más allá del cual se toma todo el incremento de productividad y, asimismo, una

porción del excedente que se había formado anteriormente. Con lo cual se agrava el desempleo y se reduce en forma cada vez más intensa la rentabilidad de las empresas.

Estas últimas se ven así forzadas a trasladar los aumentos de remuneraciones sobre los precios, sin que la autoridad monetaria pueda negarse a conceder a las empresas el aumento de dinero que necesitan para pagar las mayores remuneraciones.

Conviene agregar que el aumento de remuneraciones no sólo se debe a que la fuerza de trabajo pugna por aumentar su consumo privado, sino también que trata de resarcirse de los impuestos y cargas que recaen en una u otra forma sobre sus espaldas. Me refiero no sólo a la gran masa de la fuerza de trabajo que busca su mejoramiento mediante su poder sindical y político, sino también a sus categorías superiores que, dada su posición en las empresas, procuran asimismo resarcirse en desmedro del ritmo de crecimiento del excedente. Gran parte de los impuestos y cargas del Estado tienden así a volverse inflacionarias cuando se acentúa el poder de compartimiento y resarcimiento de la fuerza de trabajo.

La espiral inflacionaria y el monetarismo

Retomemos ahora el hilo de nuestro anterior razonamiento. Cuando en el curso de las mutaciones estructurales la fuerza de trabajo va acentuando en esta forma su poder, al alza de los precios que efectúan las empresas para restablecer el crecimiento del excedente sucede una nueva elevación de las remuneraciones. Se inicia así la espiral inflacionaria, y ese empeño de las empresas de restablecer su excedente se

ve frustrado con esos nuevos aumentos de remuneraciones. Se resiente pues la acumulación con aquellas consecuencias adversas que decíamos. La espiral no restablece la dinámica del sistema, sino que la trastorna cada vez más.

¿Qué hacer frente a estos trastornos? Tarda la teoría económica en dar una solución. No solamente una solución, sino una correcta interpretación de los fenómenos. La crisis del sistema es también una crisis de las teorías. Ni la ortodoxia keynesiana, que avivaría el fuego de la inflación, ni la ortodoxia neoclásica, que acude al monetarismo para extinguirlo. Me refiero específicamente al monetarismo de Milton Friedman, de gran predicamento en estos tiempos, al menos en algunos centros y países de la periferia.

El monetarismo aconseja la restricción del crédito para frenar la inflación. Es una recomendación que tenía eficacia pretérita, pero no ahora. ¿Por qué ha sucedido esto?

Hay que buscar la explicación en aquellas mutaciones que decíamos en la estructura social. Era eficaz cuando dominaba en el sistema el poder de apropiación de los estratos superiores y no había otro poder que se le contrapusiera con vigor: ni el poder de compartimiento de la fuerza de trabajo, ni el del Estado, que refleja también los cambios acontecidos en las relaciones de poder. Veamos cómo opera en este caso la restricción crediticia.

El crecimiento del producto requiere inevitablemente la expansión monetaria. Esta expansión permite acrecentar la demanda en el curso de

la producción en proceso y absorber así el incremento del producto resultante del aumento del empleo y de la productividad. Pues bien. Si la autoridad monetaria restringe el crédito a fin de contener la inflación, las empresas se ven forzadas a emplear una parte de la corriente restringida de dinero creado por el sistema bancario en pagar los aumentos de remuneraciones. Esta parte de la corriente se desvía en esta forma en desmedro del crecimiento de la producción en proceso, y sobreviene el receso y la contracción de la economía. De esta manera el aumento de remuneraciones sigue trasladándose sobre los precios, pero a expensas del desarrollo. Tal es el fenómeno tan notorio de stagflation.

Desde luego, las teorías del monetarismo no pueden ignorar la gravedad de estas consecuencias contraproducentes. Lejos de ello, consideran que ello se impone necesariamente hasta que el aumento de la desocupación termine por quebrar el poder sindical y político de la fuerza de trabajo y restablecer la rentabilidad de las empresas. Consideran que este poder es arbitrario y hay que eliminarlo. Pero olvidan que este poder surge frente al poder de apropiación del excedente, donde radica la fuente de arbitrariedad del sistema. Pero cuando ha adquirido vigor este poder de la fuerza de trabajo, al alza de precios sigue nuevamente el de las remuneraciones en el curso indefinido de la espiral. Quienes sufren en realidad son los desempleados (y otros grupos sociales indefensos) en la medida en que el Estado no se hace cargo de ellos, lo cual lleva a una mayor restricción crediticia para contrarrestar sus efectos del déficit fiscal consiguiente.

No digo que si estos fenómenos se acentúan no pueda debilitarse eventualmente el poder sindical y político. Pero si ello aconteciera, debido a la intensidad de la contracción: ¿quedaría quebrantado para siempre este poder, o se recuperaría al sobrevenir una expansión de la economía?

La gestión de la oferta

Sospecho que los más acendrados monetaristas se encuentran perplejos ante estos fenómenos. Explícase así que entre algunos de ellos haya surgido una nueva idea. Si la solución keynesiana es contraproducente y la solución monetaria pura y simple está demostrando serlo asimismo: ¿porqué no acompañar la política monetaria con la gestión de la oferta? De esta manera, frente a la fórmula de la gestión keynesiana de la demanda, surge ahora la nueva fórmula de la gestión de la oferta. ¿Quién podría negar razonablemente que para combatir la inflación es esencial aumentar la oferta de bienes y servicios?

Todo está en los medios de que se valga el Estado en su manipulación de la oferta. Yo sería el último en negar la importancia de acrecentar la oferta. Para ello es esencial elevar el ritmo de la acumulación, pues^{es} el debilitamiento de ella o de su ritmo el factor más importante en la crisis del sistema. La elevación del ritmo de acumulación tiene que efectuarse necesariamente a expensas del consumo o del ritmo del consumo. Y esto plantea un difícilísimo problema político, sobre todo en un país como Estados Unidos, acostumbrado a consumir con celeridad. Problema mucho más serio aún, si se tiene en cuenta las mayores inversiones que se necesitan en materia de energía y medio ambiente.

¿Sobre qué grupos sociales va a recaer este sacrificio indispensable del consumo? Como bien se sabe, la decisión reciente del gobierno de aquel país es promover la mayor acumulación en los estratos superiores reduciendo el impuesto que grava sus ingresos. ¿Cómo cubrir entonces el mayor déficit que ello traería consigo? En parte, reduciendo el gasto social del Estado, pero como al mismo tiempo aumentan los gastos militares (al menos hasta ahora) el déficit no se ha reducido, sino que parece aumentar. Y al ocurrir así se ampliará la expansión monetaria de origen fiscal y por tanto la presión inflacionaria que ello trae consigo. Es muy comprensible que por consideraciones políticas se haya preferido no elevar los impuestos sobre la gran masa de la población, a fin de disminuir los que gravan a los estratos superiores. De todos modos, ello habría sido en gran parte inflacionario, según explicamos anteriormente. La inflación no se acentuará por ahí, sino por el agravamiento del déficit. A mi juicio, esto parecería inevitable en el régimen vigente de apropiación y compartimiento.

No lo creen así los monetaristas. Si aumenta inflacionariamente la cantidad de dinero en virtud del déficit fiscal, hay que compensar este aumento con una mayor restricción crediticia. Tarde o temprano la reducción de las remuneraciones terminará por restablecer las ganancias de las empresas (restablecer el excedente) lo cual, unido al incentivo fiscal, dará nuevo impulso dinámico al sistema.

¡What a dismal science! diría nuevamente John Ruskin, si presenciara esta crisis de la ortodoxia. Pero es así, y lo más grave es que no se ve aún la luz en el pensamiento académico. No han surgido nuevas ideas acaso porque, de un modo u otro, ellas incidirían en la necesidad de transformar el régimen vigente de apropiación y compartimiento.

Transformarlo para darle racionalidad. ;Y también para darle equidad!

El retorno al patrón oro

En vez de ello, se escarba el pasado para encontrar soluciones. La así llamada ciencia económica parecería substraerse al adelanto notable que han tenido otras ciencias. Y escarbando el pasado se ha encontrado el patrón oro.

Comparado con la irresponsabilidad que ha caracterizado la creación de dólares que ha propagado mundialmente la inflación de Estados Unidos, compréndese que se recuerde con nostalgia las limitaciones monetarias que imponía el patrón oro.

Recuérdese, sin embargo, que el suministro de oro dependía de la producción minera; y ésta terminó por ser insuficiente para atender las necesidades de la economía mundial. Discurrióse en otros tiempos, por quienes no deseaban abandonar el patrón oro, sobre todo en economistas franceses, acerca de la posibilidad de revaluaciones periódicas del metal para acrecentar en esta forma las reservas mundiales y atender de esta manera aquellas necesidades. Pero ello significaba en mi juicio una manipulación del oro por acuerdo internacional, operación razonable pero políticamente muy difícil, no sólo en sí misma, sino porque favorecería a los grandes productores del metal, sobre todo a la Unión Soviética y también a Sudáfrica, por añadidura.

Lo cierto es que por el acuerdo internacional de Bretton Woods, bajo la hegemonía indiscutida de los Estados Unidos, se decidió emplear el dólar como moneda internacional. No necesito referirme de nuevo a las graves consecuencias planetarias de esta decisión con el andar del tiempo.

Cabe preguntarse ahora si el retorno al patrón oro habría sido suficiente para contrarrestar la lógica interna del sistema que conduce a la inflación. No lo creo. Es cierto que de haber subido el patrón oro la inflación habría expelido el metálico de los Estados Unidos, como sucedió con el oro que ahí quedaba cuando se quiso reprimir las consecuencias de la inflación sobre el valor externo del dólar. A la larga, no se pudo evitar este fenómeno y se ha tenido que llegar a la devaluación.

¿No habría sucedido algo parecido bajo un régimen de patrón oro? Me inclino a creer que ni el patrón oro ni un régimen de regulación internacional de creación monetaria, por cautelosa que fuera su aplicación, serían suficientes para contrarrestar las consecuencias inflacionarias de la lógica interna del sistema. Hay pues que buscar la solución en alguna transformación del régimen vigente, como dijimos hace un momento. En tal forma, el patrón oro, sabiamente manipulado, o la regulación monetaria internacional podrían resultar eficaces, porque a la luz de la experiencia es indispensable poner freno a la irresponsabilidad monetaria.

La transformación del régimen de apropiación y compartimiento del excedente abrirá el paso, asimismo, a nuevas formas de regulación monetaria interna o, si se quiere, a nuevas formas de ortodoxia monetaria y también de ortodoxia fiscal.

Es hora que los economistas, dejando de lado, al menos momentáneamente su virtuosismo matemático y sus veleidades econométricas, se dediquen seriamente a examinar nuevas formas de obrar sobre una realidad que se ha vuelto intratable.

Raúl Prebisch
Director de la Revista de la CEPAL
Santiago de Chile, septiembre de 1981